

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



## PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,  
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,  
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN  
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

Estudios morales y políticos: *El Matrimonio*, por D. Leandro A. Herrero.—*Á Julio*, soneto, por doña Faustina Saez de Melgar.  
—Galería de artistas célebres: *Miguel Ángel*, por D. Julian Castellanos.—*El arroyo y la arena*, poesía, por D. Constantino Gil.  
—*Mariquilla la idiota*, novela por doña Rogelia Leon.—Revista musical, por D. Felipe Perez de Anaya.—Exámenes en el Real Colegio de señoritas de Santa Isabel, por doña Faustina Saez de Melgar.—Explicacion del figurin.—Explicacion del grabado de lencería.—Variedades.

Pliego doce de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

## ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

### EL MATRIMONIO.

#### ORÍGEN DE ALGUNOS ABUSOS.

La mujer está encadenada á la ley del matrimonio mientras viva su marido.

(San Pablo, ad Corinthios, VII.)

En el mundo moderno corre en boga un abuso que nos lleva más allá de los tiempos de barbarie:

se denomina *matrimonio de especulacion*, y nosotros diremos mejor *crimen de lesa humanidad*.

Hé ahí la obra del pseudo-filósofo continuada por el dramaturgo y el gacetillero, reformadores de nuestras costumbres: hé ahí el extremo de nuestras luchas estériles contra el catolicismo. Á pretexto de interpretar el Evangelio, hemos hecho de él vil irrisión; y á semejanza de los Césares del bajo imperio, nos tributamos una ovacion á cada derrota. Queriendo eludir ese *non licet*, intérprete verdadero de la ley eterna que preside la vida de la naturaleza, hemos descendido al caos de las latitudes escandalosas.

Por sistema hemos levantado cismas, por sistema nos hemos dividido en sectas; por sistema hemos elaborado esa panacea babilónica de escuelas, donde Pascal ó cualquiera otro moderno pensador se han creado el mismo culto que Pitágoras y Aristóteles en la antigüedad: los más furibundos partidarios de la razón no han podido desprenderse todavía de su *magister dixit*, prueba de lo acomodaticias que son sus teorías á todos los predicamentos.

Por sistema tambien hemos traído á la discusion



el carácter divino del matrimonio, y por sistema se ha sancionado en muchas naciones europeas el *contrato*, ese matrimonio vergonzante, especie de subasta presidida por un magistrado, donde se raciocina friamente sobre cuestiones de maravedises, como pudiera raciocinarse sobre la mejor conveniencia moral.

¡Así se ha convertido una institución tan santa, tan grandiosa, en una trata tan abyecta, tan repugnante!

¿Y qué nos ha quedado? Ya no tiene el matrimonio sus encantos; ya le despojásteis de sus aromas divinos: ya es una cosa innoble que ofrece un infierno en perspectiva; pero ¿qué os resta? Analizadlo bien, que á todos nos toca de cerca, que á nuestra sociedad también atañe, pues que si en ella implantamos leyes de otros países, implantamos sus costumbres, decorándolas con el título de *moda reinante*, que se transforma en moneda corriente.

Después de esas tratas de blancos, horror y vergüenza de los tiempos cultos, solo quedan el deshonor, el envilecimiento, el crimen, la pérdida completa de la tradición de la familia: esposos que abandonan á la esposa para encenagarse en los pantanos del vicio: mujeres que rozan su frente con el hálito de los amores ilícitos, para concluir manchando su tálamo nupcial con el hedor infame del adulterio; madres que se emancipan de los deberes de la educación de la familia; padres duros y desapiados que entregan sus hijos á merced del ayo que los deprava; familias errantes, partidas, separadas, agobiadas por un estigma de maldición.

Y á estos matrimonios á *perfecta vicenda*, á estos semilleros de miseria pedimos un solo beneficio; les encomendamos la noble tarea de cooperar á nuestro progreso, les entregamos en depósito nuestra civilización que reprueba sus torpes delitos.... ¡Ah! no: nuestras falanges de celibatos con su gracia chispeante, con su corazón indiferente que no se estremece sino al eco del oro, de la especulación y de la trata: nuestra juventud de modernos *esprits forts*, decrepita en su edad prematura, caduca en su ardiente primavera, sedienta de oro y de goces, y helada en flor por la mano infame del vicio, no son por cierto los tipos que convienen al padre de familia; son el frío diseño de la humanidad degradada, estátua sin alma que discute sórdidamente, que calcula á sangre fría, que mide los efectos por una conve-

niencia detestable, que no tiene una lágrima de conmiseración para la desgracia, que no se espanta del amor ilícito, del adulterio, del deshonor, del oprobio! ¡Doloroso extremo! ¡Tantos padres sacrificando la felicidad de sus hijos por un puñado de oro! ¡Tantas víctimas de la vanidad! ¡Tanto crimen á la faz del siglo XIX!

¡Padre desventurado! quejaste de la suerte de tu pobre hija depravada, perdida, despreciada por el malvado que por irrisión la dió título de *esposa*, y tú fuiste el que llevaste adornada de rosas al sacrificio, tú, misero esclavo de la vana gloria, te atreviste á vender su corazón, creyendo comprar su felicidad con un necio título ó una opulencia fastuosa, tú la entregaste en brazos del monstruo que la recibió como una bella víctima, que formó de ella un ídolo para el halago de sus pasiones desordenadas, ídolo cuyo reinado se acabó en dos días, porque fué envilecido, marchitado, derribado del altar de las adoraciones, condenado á una existencia de lágrimas, á una vida estéril, amarga, triste privilegio del error que tardamente se reconoce!

¡Y tú, desdichada esposa, quejaste de tu suerte infeliz, quejaste del suplicio que te rodea, quejaste de la conducta del hombre que te martiriza! pero ¿no fuiste tú la que le eligió para compañero, enamorada de su efímera belleza ó de su crecido peculio? Hoy estás arrepentida: el que te cubrió de oropeles descoloridos, el que te rodeó de una muelle nube de lujo y opulencia, te despoja de tus joyas, te desnuda del aparato, y transformada de nuevo ya no te quiere; ya le eres despreciable; ya se ha cansado y te relega, te abandona; eres una hermosa víctima, y nada más; en vano lloras, tus lágrimas le inspiran tedio, ya que no regocijo, y huye para no ver derramarlas: la mesa, el juego, la orgía, el club, la disipación, en una palabra, le llaman de continuo; destruyó tu blanca corona de pudor, y ya le repugnas; te coloca al nivel de sus criadas y acaso te humilla ante ellas. ¡Misero destino! la venganza se anidará en tu corazón para morderle como un ave de luto; concluirás por aborrecer á tu marido, por maldecirle en el acceso de tu desesperación, y acaso ciega te precipitarás en brazos del crimen; serás adúltera, y devorarás en eterno pervigilio el dolor que produce el hierro acerado del remordimiento!

¡Ah! ¡qué espantoso presente, qué incierto porvenir! buscad el origen y lo hallareis; habeis violado



el carácter divino del matrimonio; habeis encadenado la libertad del corazón, y quereis luego proclamarla cuando ya no tiene remedio, cuando la naturaleza pronuncia su terrible *non licet*; os escudais tras de ese idilio liviano que os canta el novelista para fascinaros; pero, ya lo veis: ese idilio es un padron de crímenes.

Ved, ved el sistema de nuestros modernos Creosos; un sistema abyecto, antirracional, que escapa todo lo que engrandece al hombre, que para honrar á la moda ó introducir la novedad, copia las formas de todos los países, se crea las costumbres desatentadas y falta á la humanidad, condenando al escarnio su escelencia. Analizad ese sistema que empieza adoptando el refinamiento parisien y concluye á lo turco, rodeándose de la molice de Constantinopla y del Cairo. ¡Hay entre nosotros gentes que se casan por un retrato, por la simple enumeracion de los detalles seductores de una escelente legítima! El espectáculo no deja de ser magnífico. ¡Un cangeo de títulos de propiedad, constituyendo el vínculo eterno del corazón!

Y no se crea que esas gentes son raras entre nosotros: hay ya una moda que autoriza esta barbarie: hay la sancion completa de las costumbres: hay la multiplicidad del hecho que la generaliza! Y nuestra civilizacion, nuestros esfuerzos de tantos siglos, nuestro progreso, transigen con ese crimen indefinido, con esa libertad ilimitada que nos postra á las plantas del idolo vil de la ceguera! ¿Cómo hemos de hacer depender nuestra ley de perfectibilidad de la perfeccion de esas familias que caminan á nuestra espalda, y de quien nos separan los siglos?

Analizad, analizad; buscad esos matrimonios que son moneda corriente, que están á la orden del día. Uno de los consortes toma los aires de San Petersburgo, y el otro distrae el fastidio en Londres: han vivido en union perfecta una docena de días: una ordenanza de ceremonias, de etiquetas ridículas, les roba la dulce fraternidad que constituye el alma del vínculo: la familia, ¡pobre planta y sin savia, sin verdor! la familia carece de unidad; no tiene un día de encanto, de gloria, de dicha: está dividida, separada como la arena del desierto: los hermanos apenas se han abrazado: el hijo está separado del padre desde su nacimiento; la madre no le ha nutrido con el néctar de sus pechos, ni ha regalado su cuna con un sonido armonioso: la tarea de la educacion, siempre en manos mercenarias, siempre á disposicion

de un ente extraño y asalariado, como si con el puñado de oro que se le dá pudiera comprarse su amor, el amor que reclama un tierno niño, huérfano en su opulencia, que deplora en la infancia el triste abandono de su padre cruel y desnaturalizado; ¡de una madre bastarda y desapiadada!

¡Tambien en esto la violacion del carácter divino del matrimonio!

Tiempo es ya de verdad: restablezcamos el matrimonio en toda la plenitud augusta de su carácter divino: eduquemos á la mujer para sus fines, para su objeto, para su escelencia: ilustrémosla para que por sí misma haga su eleccion de consorte, inspirada por el verdadero, por el único amor, por el que se nutre de la moral del tipo perfecto de lo bello: eduquemos á la mujer por el amor, y sus benéficas inspiraciones nos limpiarán la podredumbre que nos corre.

Salvemos á tantos millones de seres de la desdicha que los abruma: esta obra no necesita siglos, se realiza como por milagro: empezará su misión la mujer; fecundará nuestro corazón con su ternura, y la planta viva de las generaciones arrojará tallos y flores siempre lozanos y siempre bellos. La felicidad humana no será entonces un logogrifo, una utopia, una teoría: tendrá realizacion, porque empezará para nosotros la vida del alma.

LEANDRO A. HERRERO.

## Á JULIO.

### SONETO.

No espereis hoy que Febo bondadoso  
Tibios sus rayos sobre el mar despida,  
Ni dé á la tierra juventud y vida  
Cual en Mayo benigno y amoroso.

Miradle cuán altivo y poderoso  
Asoma al alba su cerviz erguida  
Y tiende su melena enrojecida  
Del mundo por el ámbito espacioso.

Vapor abrasador su seco aliento  
Agosta en Julio cuanto toca al paso,  
Hasta que en su diurno movimiento  
Su disco hunde, á la tarde, en el ocaso.

Dejando el rastro en la elevada cumbre  
De su rojo esplendor, fúlgida lumbre.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.



## GALERÍA DE ARTISTAS CÉLEBRES.

## III.

## MIGUEL ÁNGEL.

## I.

En el poético castillo de Capresse, territorio de Arezzo, nació el día 6 de Marzo del año de 1474 este génio sublime, que habia de legar á la posteridad en tres artes distintas, tres de las obras más grandes y más admirables que se conocen: *El Moises*, *La Cúpula de San Pedro* y *El Juicio final*.

Su padre, Ludovico di Leonardo Bonarroti, era descendiente de los condes de Canosa, oriundos de la Toscana, y desempeñaba el cargo de podestá de Chiusi y de Capresse, cuando plugo al cielo darle este hijo, último que tuvo en su matrimonio.

Una alegría sin límites alzóse en el corazón del viejo magistrado al ver aumentada su familia con aquel nuevo vástago, á quien pensó instruir debidamente, deseoso de verle algun día desempeñando una embajada, una secretaria, ó cualquiera otro cargo importante de la república.

Este anhelo era tanto más natural, cuanto que sus demás hijos habíanse dedicado al comercio, profesión tenida por nobilísima entre los florentinos; pero que, á pesar de todo, no llenaba por completo la ambición que para el porvenir de Miguel Ángel sentía su padre.

Acariciando, pues, estas esperanzas, Bonarroti, terminado el tiempo de su magistratura, abandonó á Capresse, volviendo á residir en sus tierras de Settignano.

En este país, lleno de ricas canteras, confiése á la mujer de un picapedrero el cuidado de criar al futuro embajador, quien vió deslizarse sus primeros años entre el ruido estridente de las sierras y los cánticos alegres de los trabajadores.

Dotado de una naturaleza robusta, sus juguetes fueron el cincel y el martillo, hasta que su padre, viéndole en edad á propósito, le hizo abandonar aquel teatro de su niñez por el aula de latín del maestro Francisco de Urbano.

Resistíase al estudio el génio ardiente de Miguel, y las horas que debía ocupar conjugando verbos y declinando nombres, pasábalas nuestro jóven copiando estampas que le proporcionaba un discípulo suyo llamado Granani, que hallábase de aprendiz en casa del pintor Dominico Ghirlandajo.

Cierto día que Miguel Ángel presentó á su jóven amigo algunos de sus dibujos, este le propuso ir á visitar el estudio de su maestro, y Bonarroti, que no ansiaba otra cosa, accedió gustoso á la invitación.

Ghirlandajo recibió al escolar con la mayor dulzura, y grande fué su sorpresa cuando este, tímido y vergonzoso le presentó una de sus últimas obras.

Era una lámina grabada por Martin.

Schoen, que representaba la *Tentación de San Antonio*, y la cual Bonarroti habia iluminado enmendando el dibujo á su manera, prestándola nueva expresión, nuevo efecto.

Ante esta sola muestra, Dominico adivinó que un génio sobrenatural encerrábase en aquel adolescente de doce años, y enterándose del placer con que trocaria los libros por la paleta y los pinceles, tendióle la mano, prometiéndose hacer de aquel mal estudiante un buen artista.

Acariciando esta idea, presentóse en casa del noble Lodovico, creyendo que este consentiría sin dificultad que su hijo pasase de la cátedra de latín al estudio del pintor; pero el bueno de Ghirlandajo se engañaba; el anciano Bonarroti se opuso tenazmente á su pretension, sublevándose ante la idea de ver convertido en un simple *artesano*, como decia, á aquel hijo, sobre cuyo porvenir tantas y tan risueñas esperanzas concibiera.

Pero las reiteradas súplicas del artista, y las protestas de Miguel Ángel que declaraba, con una energía impropia de su edad, que no abrazaría con gusto más profesión que aquella, le vencieron, y despedido, más que convencido, entregó su hijo á Ghirlandajo por el tiempo de tres años.

Loco de alegría corrió nuestro jóven al estudio de su maestro, y su aplicación y su génio, superando todos los obstáculos, colocaronle bien pronto á la cabeza de sus discípulos.

En una ocasión, prestaronle para copiar un retrato: Miguel Ángel, terminada su copia, la ahuma para darla cierto barniz de antigüedad, y la devuelve quedándose con el original.

Este cambio, no conocido hasta que él hizo público el suceso, aumentó su reputación de tal manera, que Dominico, que ya le trataba con especial benevolencia, aumentó su cariño de un modo tan escésivo que los demás discípulos se resentieron, y la negra envidia abrió su pálida frente en aquel templo del arte.

Miguel Ángel sintió sobre sí la animadversión de



todos sus compañeros: los insultos y las sátiras llovieron sobre él, ocasionando más de una reyerta; llegando hasta el extremo de que el Torregiano, hombre de un carácter temible, le rompiese de un puñetazo la ternilla de las narices, estando trabajando en la capilla de Masaccio, en la iglesia del Cármen.

## II.

Dos años escasos llevaba Bonarroti en casa de su maestro, cuando Lorenzo de Médicis, apellidado *El Magnífico*, protector decidido de las artes, trató de establecer en su palacio un museo de pintura y escultura.

Con este objeto, sus salones cubriéronse de multitud de bellísimos cuadros, y sus jardines llenáronse de trozos de mármol que debían convertirse en estatuas bajo la mano de los mejores artistas de la época.

Ghirlandajo obtuvo permiso para que sus discípulos pudieran visitar las preciosidades allí reunidas. Un día, mientras sus compañeros se ocupaban en recorrer las galerías de palacio admirando los lienzos, Bonarroti, acercándose á los picapedreros que desbastaban los sillares que los escultores debían de tallar, conoció entre ellos á uno á quien en su niñez viera en Segtínino, y arrastrado por su afición á la escultura, pidióle un pedazo de mármol, y empezó á labrar en él la cabeza de un fauno.

Desde aquel momento abandona la tienda de Ghirlandajo, y acude todos los días á proseguir su obra.

Terminada por fin, contemplóla detenidamente por ver si la faltaba algo, y satisfecho de su exámen, disponíase á partir, cuando acercándose un desconocido, le dijo:

—Jóven artista, dais ya por acabada vuestra obra, ¿no es verdad? Pues bien: permitidme antes de retiraros que os haga una observacion.

—Si es justa, replicó el escultor, hablad.

—Vos mismo vais á juzgarlo. Habeis hecho la cabeza de viejo fauno, ¿no es verdad?

—Bien fácil es conocerlo.

—Es cierto: la cabeza es de un viejo; pero la boca, amigo mio, es de un jóven.

Yo no he visto nunca que un anciano tenga la dentadura completa.

Bonarroti sintió sublevarse su orgullo de artista; la observacion era justa, y tomando el cincel, arregló dos dientes y descarnó las encías á su fauno; he-

cho lo cual, se alejó del jardin pensando venir á otro día por su obra.

Pero su deseo no pudo realizarse, pues á la mañana siguiente, cuando volvió á los jardines de Médicis, su fauno habia desaparecido, y en su lugar hallábase sentado el hombre de la tarde anterior.

Miguel Ángel, sospechando que aquel seria quien se apropió su obra, le preguntó por ella con acento destemplado.

—Yo sé dónde se encuentra, replicó el desconocido con una ligera sonrisa, y si queréis seguirme os la enseñaré.

—¿Pero me la devolveréis?...

—Sin inconveniente alguno, si no os agrada el sitio donde está.

Y diciendo esto penetró en el palacio seguido de nuestro jóven.

Poco despues Bonarroti hallábase en el aposento de Lorenzo el Magnífico, y veía su fauno encima de una rica consola.

—¿Qué habeis hecho! ¡El príncipe se enojará cuando vea ese mal bosquejo colocado entre tantas obras maestras! exclamó el jóven con angustioso acento dirigiéndose al desconocido.

—El príncipe es quien te ha robado esa cabeza, y quien te alarga su mano en señal de cariño, le contestó este, que no era otro que Lorenzo de Médicis.

Desde hoy tú habitarás en mi palacio, comerás á mi mesa, y serás mirado como uno de mis hijos.

Lorenzo consagró de esta manera artista á Miguel Ángel, y no tan solo le colmó de consideraciones, sino que sus favores alcanzaron tambien á la familia del jóven escultor.

## III.

La dicha es tan efímera y pasajera como la llama del relámpago.

Bonarroti apenas habia tenido tiempo para terminar dos ó tres estatuas, cuando el soplo helado de la muerte apagó la vida de su protector.

El príncipe descendió al sepulcro, y su hijo Pedro, que le sucediera, careciendo de las dotes y del talento de su padre, no se cuidó para nada de fomentar las artes.

Un día tan solo, en que una inmensa sábana de nieve cubria la ciudad, el nuevo príncipe llamó á Miguel Ángel, y le dijo:

—Tú eras el escultor más querido de mi padre: él tenia siempre ocupado tu talento; yo quiero imitarle, por lo tanto, vas á hacerme una estatua colosal.



—Bien, señor, ¿y cuál ha de ser la materia en que he de trabajarla?

—Los patios del alcázar te darán sobrado material para ello; tienen sobre sí más de media vara de nieve, contestó el príncipe con irónico acento.

El joven artista devoró en silencio aquel insulto, y saliendo de la estancia se puso á fabricar un coloso de nieve.

Cuando le hubo concluido, se alejó del palacio diciendo: «Á tal príncipe, tal estatua.»

Poco tiempo despues los florentinos, cansados de las arbitrariedades de Pedro, se sublevaban contra su poder, y le arrojaban del territorio de la república.

El primer rayo del sol deshizo el coloso de nieve; el primer rayo de la cólera popular deshizo tambien la preponderancia del hijo de Lorenzo el *Magnifico*.

El príncipe habia durado tanto como su estatua.

La prediccion de Miguel Ángel se habia cumplido.

#### IV.

Mientras estos acontecimientos turbaban el seno de su patria, nuestro joven escultor retiróse al convento del Espíritu Santo, y allí, en la soledad, se dedicó con sumo afán al estudio de la anatomía.

De aquel santo asilo salió para visitar Venecia y Bólonia, dejando al prior, como muestra de gratitud, un Crucifijo hecho en boj del tamaño natural, fruto de sus nuevos conocimientos.

Restablecida la calma en Florencia, Bonarroti torna á su ciudad querida, y hace en mármol la estatua del Amor.

Terminada esta obra, arráncala un brazo, y la espone á la venta diciendo: que era un resto de una antigua escultura que él encontrara durante su último viaje.

Los artistas florentinos caen en la red, y dan por él doscientos ducados al joven escultor, quien descubriendo su ardid, dá un golpe de gracia á la fama de aquellos maestros que no supieron conocer la superchería.

Este suceso eleva más y más el crédito de Miguel Ángel, y pronto el Cardenal de San Jorge le llama á Roma y le aloja en su mismo palacio.

Una estatua de *Baco* y el magnifico grupo de *La Piedad*, obra maestra, en donde la pureza del estilo y la gracia y verdad de la composicion escitan un entusiasmo frenético, fueron las dos únicas escultu-

ras que el joven artista hizo por entonces en la Ciudad Eterna.

Vuelto á Florencia, ejecutó la estatua colosal de David y su célebre carton, representando un episodio de la guerra de Pisa, hecho en competencia con Leonardo de Vinci para pintar al fresco la sala del Consejo.

Esta obra, considerada por lo original de la composicion y la valentia y correccion del dibujo como una maravilla del arte, la cual acudieron presurosos á copiar casi todos los pintores italianos, fué destrozada por Baccio Baudinelli que, enemigo de Miguel Ángel, pensó arrancarle con tan inicua accion parte de su gloriosa diadema de artista.

(Se concluirá.)

JULIAN CASTELLANOS.

### EL ARROYO Y LA ARENA.

Las aguas de un arroyo

Muy trasparente,

Arenitas llevaban

En su corriente;

Pero ¡ay! gemian

En brazos de las aguas

Que las mecian.

Yo que vi sus dolores,

Que vi sus penas,

Así dije á las aguas:

Que tan serenas

Se deslizaban,

Y de aquellos pesares

No se curaban:

¿Por qué si en vuestro lecho

Las guijas moran,

Y montes de zafiros

Allí atesoran?

¿Por qué sin duelo

Correis, y á sus pesares

No dais consuelo?

Blanca, nevada espuma,

Formó el arroyo,

Ya se detuvo un punto

Do habia un hoyo

Movió su lecho



Y una voz salió dulce,  
De su albo pecho.

Tú que así me interrogas  
Sabe y no olvida,  
Que no es mío el aliento  
Que me da vida;  
Que me crearon  
Y en este cauce bello  
Me sepultaron.

Corro por sus arenas  
Noches y días,  
Sin penas, sin dolores,  
Sin alegrías;  
Y sin pesares  
Los ríos me conducen  
Hasta los mares.

Bella, pura, inocente,  
Crióme el cielo,  
Mas ¡ay! negóme el alma  
Y atóme al suelo;  
Por eso ignoro  
Como soy insensible,  
Su amargo lloro.

¿Qué me importa que lloren?  
No me conmueven  
Sus tristes penas;  
Deja que lloren  
Y que en mis leves brazos  
Penando moren.

Dijo: sobre unas algas  
Rompió su espuma,  
Que en copos de alabastro  
Bañó la bruma;  
Y entre unos pinos  
Se perdió murmurando  
No sé qué trinos.

Tú eres, niña, el arroyo  
Que nada siente,  
Yo las arenas rojas  
De su corriente;  
Amo cual las arenas,  
Un imposible,  
Y tú como el arroyo

Siempre insensible  
Sigues corriendo;  
Y yo, cual las arenas  
Sigo gimiendo.

CONSTANTINO GIL.

## MARIQUILLA LA IDIOTA.

### I.

Entre nuestros más gratos recuerdos de la niñez, conservamos siempre aquellos que causaron nuestras primeras sensaciones, ó que nos aproximaron á un sér, cuyo rostro angélico nos hizo abrazarle cariñosamente en el momento que le vimos, como si siempre hubiese sido el compañero de nuestros juegos y recreos infantiles,

Han pasado muchos años desde que nos encontramos por primera y última vez con *Mariquilla la Idiota*, como la llamaban en los dos pueblecitos donde pasó su corta existencia, y aun podríamos coger los pinceles y retratarla, si hubiéramos aprendido el arte de Apeles; pero á falta de tintas y pinceles dignos de copiar aquel rostro inocente y puro, llevamos en el corazón su dulzura angelical, y en la mente el bello traslado de su agradable fisonomía.

Sin embargo, aquella niña celestial era tratada con dureza, casi con crueldad y tiranía por dos hermanas mayores que la miraban como una carga eterna, ó como un censo irredimible que les dejara su madre en vez de bienes al morir.

Y en verdad que eran injustas en esto; pues la infeliz Mariquilla ganaba con los mayores sudores el pedacito de pan moreno que se comía.

Mariquilla lavaba la ropa, cuidaba de echar lumbré á la comida, de hacer calceta para vestir todos los pies de la casa, y de hilar el duro cáñamo para una tela que echaban todos los años, tan gruesa como la lona de una vela de navío; para hacer sábanas y camisas que duraban por piedras, vendiendo á los vecinos lo que ellas no necesitaban, pues yo creo que con las primeras camisas que se hicieran de aquella *pàrella* de hilo, había para pasar la vida y dejarlas despues en herencia todavía sin remiendos ni claraboyas.

La pobre niña trabajaba más que una negra, y siempre recibía por recompensa de sus trabajos un pescozon ó una palabra dura, que le arrancaban al-



gunas lágrimas dolorosas; pero nunca devolvió golpe por golpe, ni lanzó una mirada terrible á sus hermanas, ni hizo otra cosa que irse á un cuartito donde habia muerto su madre, y ponerse á orar delante de una Virgen de los Desamparados, que estaba colgada en la pared, pendiente de un moño colorado, volando siempre como una cometa, por no tener marco ni seguridad alguna.

Un pergamino se hubiera roto mil veces con las continuas cortesías y zapatazos que daba en la pared aquel papel sencillo, pues ni aun era de marca siquiera, y se conservaba intacto con su Virgen hecha de tinta de color de mosca, y sacada sin duda en una basta prensa, de alguna lámina abierta en tosca manera por algun buril tan fino como un almocafre.

Ganas daban de llorar al ver reducida á personaje de parodia aquella hermosísima Virgen que existe en cada templo y en cada casa bajo distinta advocacion y nombre: pero como el cristiano ama á su Madre bendita por lo que representa, y no por el artista que la figuró más ó menos hermosa, Mariquilla estaba loca con su estampa, y era el *refugium peccatorum* de sus aflicciones y dolores.

Apenas se levantaba, que era casi entre dos luces, corría alegre, como el niño que le dicen que va de paseo, y entraba en el cuartito de la Virgen á saludarla, con tanto amor y tan grata sonrisa, que la Virgen tambien se sonreía, y quizás los ángeles del cielo.

Cuando conocimos á *Mariquilla la Idiota*, podría tener ocho ó nueve años; pero parecia más niña aun, porque su contestura era raquítica y enfermiza, teniendo la singularidad de un hombro dos dedos más bajo que el otro, y ser muda además; pero una muda que oía tanto como un tísico, y, sin embargo, no daba chillidos ni esfuerzos guturales para querer hablar.

El día que vimos á aquella niña, fué delante de la capilla de San Jorge, que existe entre Viznar y Alfacar, dos saludables y amenos pueblecitos de la hechicera Vega de Granada, donde van todos los días gentes de esta bella ciudad á buscar en aquellas ricas aguas y en aquellos aires puros el enfermo su alivio, y el sano más robustez y lozanía aún.

Nuestra madre habia detenido su cabalgadura para bajarse y rezar á San Jorge, y nosotros, como niños, habíamos dado un salto desde la cúspide de unos enormes capachos, cubiertos con finas mantas, donde nos llevaban como en procesion para mayor

seguridad de nuestros infantiles cuerpecitos, que querian ir bailando por el camino, gozosos de verse por aquellos campos de Dios en un hermosísimo día de primavera.

La capillita del santo era casi del tamaño de un cuadro no muy grande, y allí, en una estampa, que no recordamos bien sus proporciones, estaba San Jorge rodeado de innumerables arañas, que creimos artificiales, y que vimos con asombro eran una realidad portentosa.

Al mismo tiempo que nosotros, llegaron á la capilla dos jóvenes que merecen describirse, y una niña que las seguía, jadeando de cansancio y agitación.

Las jóvenes parecían gemelas, y, segun pudimos entender por su diálogo, se llamaban Rosario y Pilar.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

## REVISTA MUSICAL.

Teatro Rossini.—**Fausto**, ópera en cinco actos de Gounod.—**Polluto**, en tres, del maestro Donizetti.—**Julietta y Romeo**, de Bellini

### I.

Las representaciones líricas de los Campos Eliseos tuvieron una feliz inauguración en la presente temporada con el estreno de la importante y magnífica ópera de Meyerbeer titulada *El Profeta*, cuya ejecución fué esmeradísima y completa. Despues tuvo lugar la repetición de *Guillermo Tell*, que produjo en el público el más vivo entusiasmo al escuchar tan portentosa obra, interpretada magistralmente por Tamberlick. Con objeto, pues, de dar variedad al espectáculo, y para proporcionar la exhibición de dos cantantes nuevos, se puso en escena hace algunos días la ya popular ópera del maestro Gounod, nominada *Fausto*. Todo el mundo conoce ya esta música, porque en dos distintas ocasiones la ha oído: primero, en el Teatro Rossini, donde obtuvo siete representaciones al final de la temporada anterior, siendo entonces perfectamente cantada por el señor Tamberlick, al que secundaron la triple Sra. Spezzia y el bajo Vialletti; y más tarde en el Teatro Real, donde fué desempeñada tambien divinamente por el tenor Mario y el distinguido bajo Sr. Selva, el cual cantó la parte de Mefistófeles de una manera inimitable.

Natural era que una ópera tan vista y tan bien interpretada por los artistas que en ella tomaron



parte, presentara un escollo á los que por primera vez se iban á dar á conocer con esta *partitura*. Y así ha sido en efecto; desde el primer acto en que aparece el tenor Vicentelli, empezó á entrar el desaliento en el público, preveyendo que no iba á estar á la altura que requiere su importante parte en dicha obra. La voz de este artista es escasa y de mal timbre, su acción tímida y amanerada, y el canto desigual, por lo que puede decirse que destrozó completamente las bellezas, tanto musicales como poéticas, que resaltan en el personaje que intentó representar; notándose esto más claramente en los actos segundo, tercero y quinto.

Lo propio sucedió á la bellísima y simpática señorita Boschetti, que tuvo á su cargo el delicado papel de Margarita. Si en el recitado primero parecía que el miedo natural la embargaba, en el ária del tercer acto, y en todo el cuarto, demostró con evidencia que su brillante porvenir no ha de consistir en los triunfos que alcance, sino en los que seguramente puede proporcionarse luciendo su esbelta figura en salones y paseos. *La Reina de las Margaritas* no está llamada á alcanzar una soberanía por el derecho de la voz, sino por el de la hermosura.

Por efecto sin duda del maléfico influjo que ejercieron los dos referidos cantantes sobre Mefistófeles, personaje que regularmente lo domina todo en el mundo y rara vez se deja fascinar, el Sr. Vialletti, encargado de caracterizarle, no estuvo tan acertado y feliz como otras veces, pues al paso que en unas ocasiones se revestía de un *sans façon* impropio, en otras se le veía exagerado y con tendencia á la caricatura, sacrificándolo todo al deseo de producir efecto en el público. Estos cambios se notaron particularmente en la escena del jardín en el tercer acto, y en el segundo, cuando le presentan dos espadas en forma de cruz. Además, el reciente recuerdo del bajo Sr. Selva, que tan bien representó y cantó este papel, hace que ahora se haya notado algún tanto lo que acabamos de indicar, sin desconocer por eso que el Sr. Vialletti es un cantante bastante apreciable.

Como el *Fausto* hasta ahora no ha obtenido más que una representación en esta temporada, y es posible que con el reparto dado no vuelva á cantarse más, omitimos hacer largas consideraciones acerca de su música, pues siendo ya tan conocida del público, se cansaría su atención entrando aquí en dilatadas observaciones. Baste decir que si el composi-

tor merece un gran elogio por haber llevado á cabo una obra tan colosal, mirada con respeto por muchos y notables maestros que se detuvieron ante la inmensidad del asunto, puede asegurarse que no ha conseguido completamente su objeto, pues las situaciones principales del poema están presentadas con vaguedad, y los personajes tampoco se hallan caracterizados cual corresponde á la creación del inmortal poeta. El gran mérito de la obra de Goethe estriba en la alianza que existe entre lo maravilloso y la realidad de los sentimientos humanos, en la influencia que ejerce sobre las pasiones el elemento fantástico y terrible. Si se quita á Mefistófeles, que es el agente de los sucesos sobrenaturales que allí tienen lugar, no queda más que una fábula sencilla y común, es decir, un pobre filósofo enamorado de una insignificante aldeana. Ahora bien: la figura de aquel no tiene carácter en la composición de Gounod, no está trazada con los rasgos vigorosos que correspondían al raro personaje que participa á un mismo tiempo de sofista y de demonio. Por consecuencia, la música decae en todos aquellos episodios en que se presenta esta figura que tanto influye en el desarrollo sucesivo de la acción. Á pesar de todo, el maestro Gounod merece grandes alabanzas por su estilo constante, por el gusto delicado que resalta en los detalles más pequeños, y por el colorido, sobriedad y elegancia de su instrumentación, que revelan desde luego á un compositor de primer orden.

## II.

Entre los varios y notables compositores que han salido de la escuela italiana en el presente siglo, se encuentra Donizetti, autor de la ópera *Il Poliuto*, representada el lunes y martes de la semana anterior en el Teatro Rossini. La importancia y excelentes cualidades que brillan en el génio de este gran maestro, se demuestran muy claramente haciendo mención de sus óperas de primer orden, que son *Ana Bolena*, *Lucia*, *Favorita*, y *Lucrecia Borgia* en el género dramático, y *Elíxir de Amor* y *Don Pasquale*, como óperas bufas, bastando una sola, *Lucia*, para que su fama fuese imperecedera. De aquí resulta que al contemplar estas obras tan sublimes, y otras en que se advierten algunos destellos de su brillante inspiración, hay que conceder á Donizetti el primer lugar después de Rossini entre sus contemporáneos y sucesores hasta el día.

La carrera productiva de este maestro, compren-



de una época de 26 años, durante la cual escribió más de sesenta óperas, número excesivo, y que da cuenta de la rapidez y poca meditacion con que salían muchas de ellas de su pluma, siendo esto debido más principalmente al escaso beneficio que entonces reportaban estos trabajos, pues necesitó componer cuatro ó seis óperas al año para sacar un producto con que poder subsistir, no teniendo tiempo siquiera para entregarse á los impulsos tranquilos de su inspiracion.

¡Hasta dónde hubieran llegado aquellos génios si el atraso del siglo y las malas condiciones de la época no les hubieran puesto en la precision de acomodarse á tan bajas exigencias! Hoy día que estas cosas han cambiado, y que los compositores hacen grandes fortunas á muy poca costa, no salen génios como aquellos, ni se ven obras que iguallen á las suyas, menos importantes.

La ópera titulada *Poliuto* fué compuesta en Nápoles el año de 1837 para el célebre tenor de aquel tiempo, Adolfo Nourrit, que sugirió la idea á Donizetti, disponiendo él mismo la escena, y coordinando el libreto con arreglo á la tragedia de este nombre, original de Corneille. El asunto gustó mucho al maestro, y la partitura quedó escrita en poco tiempo; pero la censura de aquella capital no permitió que se pusiera en el teatro este asunto religioso, y prohibió la representacion, justamente cuando el tenor Nourrit se disponía á hacer su *debut* en el teatro de San Carlos de dicha ciudad, con la seguridad de obtener un gran triunfo en el papel escrito espresamente para él. Despues se cantó esta ópera en París con el título *Los Mártires* el año de 1840, alcanzando éxito poco favorable, y un corto número de representaciones. La premura con que la ópera fué escrita, hace que el conjunto resulte lánguido, la composicion débil, y su estilo desigual. En el primer acto nada hay de particular, pues el ária que canta *Poliuto*, y que es admirable por su carácter religioso, se dice que es debida á un compositor alemán. En el segundo se halla la mejor pieza de la obra, el concertante final, precedido de la sublime plegaria de tenor que empieza con la frase *Credo in Deo*; y, por último, en el tercero es notable el duo apasionado entre *Poliuto* y *Pelina*, que conmueve y arrebat.

Con haber dicho que esta ópera se escribió para un gran tenor que ansiaba lucir en ella sus poderosas facultades, se comprenderá fácilmente lo bien interpretada que ha sido por el Sr. Tamberlik, que

indudablemente reúne las mejores condiciones para esta clase de papeles apasionados, de grande inspiracion, y donde se lucen extraordinariamente las facultades vocales. El entusiasmo que produjo en el público al cantar el *Credo* es inesplicable, y tan solo oyéndole puede comprenderse el efecto que produce una voz poderosa y estensa, impulsada por el corazon del sublime artista. Los aplausos y aclamaciones se repitieron sin cesar, haciéndole salir cuatro veces al palco escénico, lo mismo que al terminar el duo del tercer acto.

La señorita Garulli, que por deferencia á la Empresa, y para no retardar las representaciones interrumpidas por el fracaso del *Fausto*, se ha prestado gustosa á desempeñar la parte de tiple, estuvo regular, especialmente en la segunda noche, que sin duda no tenía ya el natural temor de una primera representacion, luciendo, como siempre, en los concertantes. Digna de alabanza es la molestia con que siempre se presenta esta jóven artista, ejecutando muy bien los papeles que la corresponden en su calidad de segunda tiple. Mucho mejor es esto que no anunciarse como notabilidad, y tener en seguida que desertar de la escena, como por desgracia está pasando con las *primas donnas* que hasta el presente han pisado las tablas del coliseo de los Campos Eliseos.

El barítono Sr. Steller estuvo tambien regular, siendo aplaudido varias veces.

El bajo y demás partiquinos, todo lo mal que es posible.

### III.

Entre las óperas que ha legado á la posteridad el jóven é inmortal Bellini, no es sin duda de las más principales la que con el título de *Julietta y Romeo* se estrenó el martes 4 del corriente en el teatro de los Campos Eliseos. Al oír esta composicion, fácilmente se comprende que debió ser escrita en las malas condiciones á que se vieron espuestos sin cesar aquellos génios musicales, los cuales tenían que luchar con las contrariedades de su época; pues se nota cierto abandono en la instrumentacion, los cantos poco desarrollados y las situaciones sin el carácter dramático que el argumento requiere.

Esta obra fué compuesta por Bellini en Venecia el año de 1829, para las dos hermanas Grissi, de las cuales la menor adquirió despues una gran celebridad, siendo patrimonio esclusivo del teatro italiano



de París por espacio de muchos años, y distinguiéndose en todas las óperas que allí cantó, primero con el insigne tenor Rubini, y despues con Mario y otros cantantes no menos notables. Aquí tuvimos la desgracia de oir unas pocas veces á esta eminente artista, cuando ya no conservaba más que la gloria de haber sido buena actriz y escelente cantante.

El asunto de la ópera que nos ocupa está sacado de la historia de Italia en tiempo de las luchas entre Gúelfos y Gibelinos. La ciudad de Verona, dividida en dos bandos conocidos por Montescos y Capuletos, nombre que tomaron de las respectivas familias empeñadas principalmente en esta lúcha, fué una de las que más se distinguieron en estas deplorables contiendas, resultando de aquí que los dos amantes, Julieta y Romeo, fuesen víctimas de los ódios que existían entre dichas dos familias, que se opusieron tenazmente á su frenético amor. Estos dos amantes, cual los amantes de Teruel, ofrecen un argumento de mucho interés para el teatro.

La ejecucion de esta ópera, encomendada á las señoras Nautier y Garulli, y á los Sres. Palermi y Ruiz, ha sido buena. Las primeras fueron aplaudidas diferentes veces y llamadas á la escena al final de cada acto. El tenor Sr. Palermi fué igualmente aplaudido, pues se distinguió más que en otras ocasiones, demostrando que podrá ser un buen cantante si sigue cultivando sus buenas facultades.

La orquesta tambien llamó justamente la atencion, obteniendo nutridos aplausos los profesores de trompa, clarinete y la Sra. de Roaldes, que, como siempre, luce su rara habilidad en el arpa.

FELIPE PEREZ DE ANAYA.

## EXÁMENES

EN EL

### REAL COLEGIO DE SEÑORITAS DE SANTA ISABEL.

En la última semana han tenido lugar los exámenes de las señoritas educandas en este notable establecimiento, donde bajo la direccion de las madres Escolapias reciben las señoritas una educacion brillante, unida á los más sólidos principios de piedad.

En los primeros dias de la semana sufrieron todas las colegialas un exámen detenido y minucioso de las siguientes materias: Religion y Moral, lectura, gramática, aritmética, geografía, historia de España, geometría, higiene, idioma francés, economía do-

méstica. Sorprendente fué para nosotros ver á todas las colegialas contestando con la mayor exactitud y precision á las diferentes preguntas que les dirigian, y sobre todo niñas, hasta de cinco años algunas, haciendo su exámen con una formalidad y sensatez admirables.

En todas las materias estuvieron brillantes, demostrando sus adelantos y la vasta instruccion que reciben de las profesoras, religiosas todas que á porfía rivalizan en celo y en interés por la mayor perfeccion de las señoritas educandas.

En la tarde del viernes tuvo lugar el exámen de música y la distribucion de premios, recibiendo todas las señoritas, cada una segun su mérito, coronas, libros, bandas y medallas, como galardón debido á su aplicacion y á su talento.

Ejecutaron en el piano varias piezas, bajo la direccion de su maestro el distinguido profesor señor Ovejero; cantaron todas las señoritas un coro del *Carnaval de Venecia*, otro de *Macbeth* y una polka coreada, música del Sr. Ovejero. Tambien algunas señoritas cantaron varias romanzas, gustando extraordinariamente, sobre todo las que llevan por título *El Pescador* y *La Serenata*, composicion ambas del mismo profesor.

No citamos nombres porque todas las educandas rivalizaron á porfía en demostrar sus adelantos, dejando complacidísima á la escogida concurrencia que llenaba el elegante salon, y muy satisfechos á sus profesores y profesoras, que deben estar orgullosos de la brillantez del solemne acto y de la aplicacion de sus discípulas.

En otro salon del colegio estaban espuestas las planas de escritura, los dibujos y las labores, rica y variada coleccion de los más preciosos bordados en blanco, en tapicería y en otra infinidad de géneros á cual más delicados y bellos. Tambien admiramos con gusto multitud de magníficos encajes de Cataluña, y otras primorosas labores que sentimos no poder enumerar por falta de espacio.

Sin embargo, no terminaremos estas líneas sin encomiar como se merece este colegio, que hoy figura en primer término entre los mejores de España. Como higiénico es el único; porque no hay ninguno que reuna las condiciones de salubridad que este: su inmejorable local, su situacion, su magnífica galería, su jardín interior, sus habitaciones altas donde tiene los dormitorios, con estensas vistas al campo y aires puros, la dilatada huerta para pasearse, y



recreo de las educandas, y sus dependencias todas, servidas admirablemente por las religiosas, le hacen recomendable para los padres que deseen la salud y el bienestar de sus hijas.

En cuanto á la instrucción que reciben las señoritas, se ha podido juzgar por los brillantes exámenes que han hecho, atendiendo con especialidad las madres escolapias á la educacion moral y religiosa, inculcando en los tiernos ánimos de las colegialas máximas de piedad y sólidos principios de religion, base de todas las nobles cualidades, que es lo primero que toda buena madre debe enseñar á sus hijas, para que, fortalecidas sus almas con la práctica y el ejercicio de sublimes y evangélicas virtudes, puedan ser en el mundo dechados de pureza y de acrisolada honradez.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Junio 30 de 1865.

### ESPLICACION DEL FIGURIN que se repartió con el número anterior.

#### TRAJES DE VERANO.

**Primera figura.** Vestido de fulard jaspeado de azul y blanco. En el bajo de la falda lleva de trecho en trecho conchas de tafetan, y encima un ruche colocado en ondas. Berta rusa de igual tela que el vestido, sin mangas, guarnecida de ruches. Camiseta de muselina á plieguecitos. Redecilla azul, que recoge los cabellos, y un lazo de cinta azul con cabos flotantes que caen á lo largo de la falda.

**Segunda figura.** Vestido de granadina sembrado de pequeñas mariposas. Las costuras de cada paño están ocultas por una ancha tira de tafetan color de lila en cuadrado, en puntillas estrechas; cuerpo de muselina con entredoses de guipure. Mangas largas. Cinturon redondo con hebilla. Bandas de cinta estrecha en el cabello.

**Tercera figura.** Vestido de tafetan color de rosa fuerte, adornado en el bajo por un grueso escarolado. Cuerpo escotado; encima de este va otro vestido, forma princesa, de muselina ó tul moteado, con cuerpo alto. Atraviesa el pecho un ruche de tafetan, que se sujeta en el hombro derecho con un lazo, y baja al lado izquierdo, recogiendo la falda hasta la altura de la rodilla. Manga justa. En los cabellos mariposas de cinta.

### ESPLICACION DEL GRABADO

DE LENCERÍA.

Sombrero de tul bullonado, adornado de un pájaro puesto en el lado y sembrado del tul y el enca-

je que cae por detrás, de cascabeles de oro, y caídas de cinta color de oro.

Sombrero de tul sembrado de perlas y adornado de bandas lisas, sobre las cuales va sembrada una pasamanería de paja: caídas de tafetan azul.

Gorra de tul adornada de perlas, y rodeada de una draperia cogida por hebillas de cinta grana. Ruche formado de diademas.

Gorra de tul con el fondo atravesado por tres escarolados de cinta. Otro forma bandó sobre la frente, al que van cogidas unas largas caídas, compuestas de lazadas de tafetan color lila, rodeadas de blondas.

Cuerpo escotado de muselina, compuesto de entredoses bordados, alternando con bullones de cinta verde un entredos, y una blondita estrecha rodea el escote; mangas cortas, terminadas por un vies de tafetan; cinturon de cinta plegada. Una estrella en el hombro derecho y otra en el lado izquierdo de la cintura, unidas la una á la otra por un cordon *Emperatriz* que atraviesa el pecho.

Berta de muselina adornada de bullones de cinta y blonda de diferentes anchos. Es abierta, redonda por delante, y terminada por detrás en una haldeta cuadrada. Manga larga con puños, y adornada en lo alto con bullones de cinta y blonda.

Vestido de muselina moteada, para niña de cinco á seis años. La falda está adornada de un bullonado de cinta y guarniciones bordadas. Encima del falso y el bajo de la última guarnicion se halla de trecho en trecho un lazo de cintas estrechas; cuerpo alto con dos largas haldetas cuadradas, separadas por una más corta, y guarnecido como la falda igualmente que las mangas. Lazos en el talle y en los hombros.

Otro vestido para niña. Es de muselina lisa puesta sobre tafetan. Va adornado de una ancha banda formada por entredoses bordados, alternando con tiras de plieguecitos atravesados. Tiene por cabeza una guarnicioncita, y termina por un volante de blondas. Cuerpo alto sin mangas, enteramente parecido á la banda de la falda. Su guarnicion forma haldetas al rededor del talle y hombreras.

Por todo lo no firmado,

*El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.*

**Editor propietario, VALENTIN MELGAR.**

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.  
Calle de Preciados, 74, bajo.



idas

nado  
una

de  
Ru-

es-  
en-  
es-  
de

en-  
ta  
el  
de  
en  
la  
m-

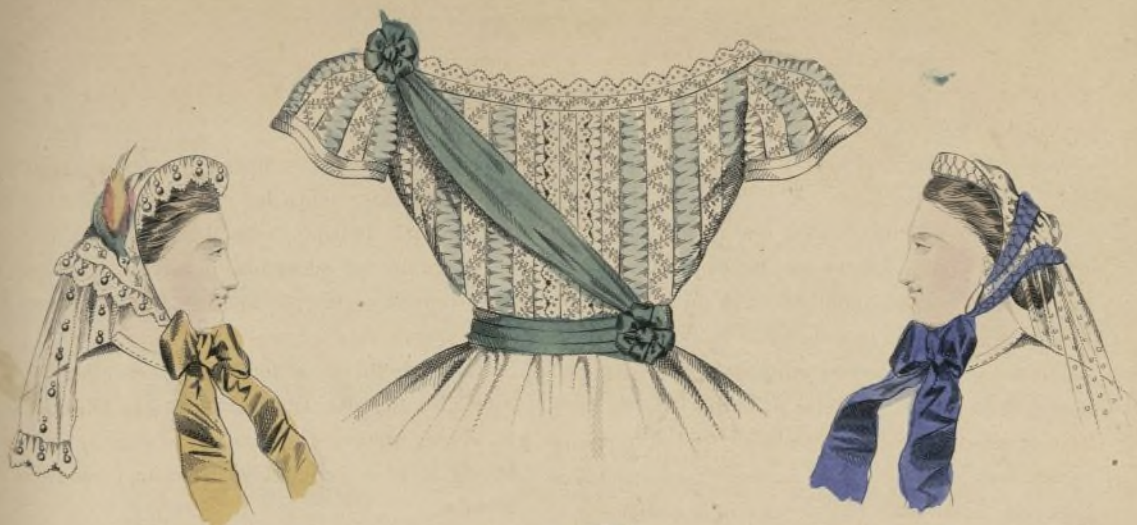
ta  
la  
ta  
ta  
co  
o  
o  
o  
o  
r  
s

o  
o  
o  
o  
o  
r  
s

o  
o  
o  
o  
o  
r  
s

o  
o  
o  
o  
o  
r  
s

o  
o  
o  
o  
o  
r  
s



Leroy, Imp. r. des Marais, 66, Paris

# LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Ayuntamiento de Madrid

Concepcion Geronima N.º 13. Ptal Derecha.



